

82.

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

PLAZA DE TOROS DE MADRID

CONSTRUIDA EN 1749

Y DERRIBADA EN 1874,

POR

UN CURIOSO DE ESTA VILLA.



MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.

1874.

+

RESEÑA HISTÓRICA

DE LA

PLAZA DE TOROS DE MADRID

CONSTRUIDA EN 1719

Y DERIBADA EN 1874

POR

UN CURIOSO DE ESTA VILLA.



MADRID

IMPRIMERIA DE MANUEL MINUESA

Calle de Toledo, núm. 19.

1874

AL PÚBLICO.

En el momento en que se inaugura la nueva Plaza de Toros, y en el que desaparece la PLAZA VIEJA, teatro glorioso de la historia taurina de nuestro país, y en donde han lucido su valor, gallardía y conocimientos los diestros más renombrados de España, creemos de suma utilidad dar una ligera reseña de la historia de este célebre Circo, con todos los detalles y noticias que acerca del mismo existen, y que por regla general no son conocidas del público. Al efecto, hemos reunido multitud de datos curiosísimos acerca de la afamada Plaza que se está derribando, los cuales serán el recuerdo de nuestras pasadas solemnidades en el arte de los *Romeros* y *Pepe-Hillo*.

ES PROPIEDAD.

I.

AL PÚBLICO

A causa del mal estado en que se encontraban las rentas del Hospital general por las guerras de Felipe V, su hijo D. Fernando VI mandó edificar en 1749, de su bolsillo particular, la Plaza de Toros que hoy se derriba, donándola en seguida al referido Hospital para aumentar de este modo los productos de dicho establecimiento.

En 1754, terminada ya la obra, bajo la dirección de los arquitectos D. Ventura Rodriguez y D. Fernando Moradillo, se inauguró con gran pompa, asistiendo el rey y toda la corte, y siendo numeroso el público que de todas partes acudió para presenciar aquella solemnidad.

Dicen algunos eruditos en la materia, que la plaza se estrenó el día de San Fernando del antedicho año, y que hubo corridas por mañana y tarde como se venia acostumbrando de antiguo.

La primer cuadrilla de *chulos*, como entonces se llamaban, y que asistió á la corrida de la mañana fue la del sevillano Juan Esteller, acompañado de Anton Martinez y de José Leguregui (el Pamplonés), los cuales trajeron en su cuadrilla picadores de *vara larga*, rehileteros (banderilleros) y capeadores.

Por la tarde asistió á la gran corrida de inauguracion el ya por entonces célebre Manuel Bellón (el Africano), torero cuyo trato afable y cariñoso captaba las simpatías de los aficionados.

Ateniéndonos á la autoridad incuestionable de José Delgado Hillo en su *Arte de torear*, edicion de 1804, desde la inauguracion de la Plaza de Madrid, principiaron á perfeccionarse las corridas, puesto que ántes las cuadrillas recorrian los pueblos de España, Francia é Italia, sin proteccion de ningun género y sin reglas precisas y determinadas.

El día, pues, de la inauguracion vióse con asombro á Manuel Bellón esperar al toro subido sobre una mesa, con grillos en los

piés y saltando sobre el testuz, haciéndole hincar el hocico en la arena. Tan atrevida suerte, que después fué perfeccionada por Martin Barcáiztegui (Martincho) produjo un entusiasmo inmenso en un pueblo cuya inclinación por las corridas no había amenguado, á pesar de la repugnancia que Felipe V manifestó á este espectáculo.

En dicha tarde se torearon doce toros, siendo el último embolado para los aficionados. Las suertes que se usaron fueron las del *parcheo*, la del *garróchon*, la del *rejoncillo* y la de la *lanzada*.

III

Antes de la construcción de la Plaza de Toros, cuya historia vamos haciendo, se celebraban las corridas en la Plaza Mayor, y como quiera que á ellas acudía siempre más gente que la que podía caber, fué necesario disponer otros locales para el caso. Habilitóse al efecto una plaza junto al palacio de Medinaceli; después otra en la plazuela de Anton Martin, otra hacia el soto de Luzon, y otra en el camino de Alcalá, muy cerca de adonde se ha levantado la nueva que se inaugurará.

Edificada por último la Plaza de Toros que ahora desaparece, quedó á cargo del Comisario de S. M., D. Juan Lorenzo del Real, y después del Mariscal de Campo D. Pedro Ceballos, resultando de la entrega que dicha plaza estaba construida con toda solidez; siendo de cal y canto la pared que la cercaba; formando una circunferencia de 1.100 piés, y dando cabida con comodidad á unas 12.000 personas. Los compartimientos de la Plaza estaban divididos en 110 palcos; grada cubierta con tres órdenes de asientos; las delanteras, los tendidos todos de sillería, y la contra-barra. Contenia además la Plaza diferentes departamentos: enfermería, habitaciones para los facultativos, otras dependencias para los empresarios, y corrales y cuadras para el ganado.

Más tarde se añadió una especie de caseta á la izquierda del

toril para el verdugo y el pregonero, cuando se expedieron reglamentos para la formalidad de las corridas y para evitar los abusos que el público solía cometer.

Costó toda la fabricacion 85.000 y pico de escudos de oro; pero las cuentas de la Plaza desaparecieron á causa de la invasion francesa de 1808.

En tiempo de Fernando VII se restauró la plaza conforme ha existido hasta ahora, cuya restauracion se hizo con motivo de la boda de aquel Rey con Doña María Amalia de Sajonia.

III.

Cinco años estuvo en ejercicio la nueva Plaza de Toros durante el reinado de Fernando VI, y en este tiempo se tenia la costumbre de haber dos corridas, una por la mañana y otra por la tarde, en donde se lidiaban 18 toros primero y luego 16, dividiéndolos en 6 por la mañana y 10 por la tarde. La suerte de banderillas, que data de 1709, se hacia poniendo una solamente, en vez de las dos que hoy se usan.

En el trascurso de aquellos cinco años hubo unas 162 corridas; muriendo en el redondel 2.560 toros. Se lamentaron bastantes desgracias á causa del último toro embolado.

En la proclamacion y jura de Carlos III, acaecida en el mes de Diciembre de 1759, á pesar del mal tiempo, hubo grandes corridas; pero el rey mostró tal disgusto hácia ellas, que si no de una manera directa, indirecta al ménos, decayó en Madrid mucho la aficion, sin perjuicio de que se verificasen de tiempo en tiempo algunas lidias. Fueron las más notables la del Domingo de Pascua de 1765, en donde por una real provision se recargó en cuatro maravedises el precio de entrada en favor de la casa Hospital de San Antonio Abad; la del 11 de Junio del mismo año, hecha en obsequio al Príncipe Meklemburgo-Strezlitz, hermano del Rey de Inglaterra, que vino á Madrid; la del 3 de Setiembre, con

motivo de los desposorios del Príncipe de Asturias con Doña María Luisa de Borbon, y la del 30 de Diciembre del expresado año, con motivo de los festejos reales por dicho casamiento.

En ese día, á pesar del mal tiempo, hubo una gran corrida de toros. Se corrieron 10 por la mañana, como primera, que *picaron con vara larga cuatro diestros toreadores*. Por la tarde asistieron SS. AA. Hizo el despejo la compañía de Alabarderos y salieron á torear cuatro caballeros con el séquito de 100 lacayos. Dichos caballeros vestían de verde, azul, encarnado y amarillo. Los toreros mataron 13 toros con notable habilidad, después de haber puesto los caballeros muchos rejones.

IV.

A pesar de la especie de prohibición que la repugnancia de Carlos III tenía impuesta á las corridas de toros, puede decirse que en su época salieron á luz los más célebres toreros que cuentan los anales de esta diversion nacional.

Descuella en primer lugar Martín Barcáiztegui (*Martincho*), discípulo del Pamplonés y famoso matador de toros, el cual perfeccionó la suerte de saltar con grillos desde lo alto de una mesa á la cabeza de los bichos. El célebre pintor Goya, que recibió lecciones de este diestro, hizo dos retratos de él al agua fuerte, pintándole con sombrero de ala ancha, como los que se usaron antes del motin contra Esquilache. Toreó Martincho en esta Plaza con *Apinani*, *Lobera* y *Garcerañ*, dejando de ser matador en 1785.

La fama de este lidiador se perdió bien pronto ante la aparicion de los Romeros, de Ronda. El primero de éstos, Francisco, se presentó, *con asombro de todos los aficionados, á matar frente á frente, con estoque y muleta, á pié firme*, pudiéndose asegurar, segun dice José Delgado Hillo en su *Arte de torear*, que hasta entonces no habia habido quien ejecutase aquella suerte del modo referido.

Le siguieron su hermano Juan Romero, dándole mayor atractivo á la lidia; *Potra*, el de Talavera; el *Fraile*, de Pinto; el *Fraile*, del Rastro (Madrid); Lorencillo, que fué maestro del incomparable Cándido; siendo de notar que en muchas ocasiones toreaba con ellos el célebre caballero extremeño Godoy, el *Licenciado de Falcés*, *primoroso sin igual en toda clase de suertes*, y nuestro pintor Goya, que entre los aficionados pasó por un gran diestro.

Por este tiempo, el Consejo de Castilla estableció las *Ordenanzas* que rigen hoy con algunas modificaciones en la Plaza de Madrid. Estas mandaban que se hiciera el *despejo* bajo la presidencia de los Corregidores y que hubiese el correspondiente número de médicos, cirujanos, botiquines, arquitectos y carpinteros para acudir á las necesidades de cualquier género que ocurrieran en la Plaza. Despues del despejo, se leía un Bando por el pregonero público, acompañado de un Escribano y Alguaciles, impidiendo, bajo las más severas penas, que se arrojase á la Plaza cosa alguna que hiciera peligrar la vida de los lidiadores. El pregonero, como al principio hemos indicado, tenia en la Plaza una casilla situada al lado del toril, en donde estaba el verdugo para ejecutar delante de los espectadores y en borricos prevenidos al intento, las sentencias impuestas á cualquiera que contraviniese los Ordenanzas de la Plaza.

Para evitar desgracias, en vista de que el público se arrojaba al redondel cuando moria un toro, dos soldados de caballería con espada en mano, iban delante de las mulas protegiendo el arrastre de los toros.

La corrida más célebre de esta época fué la de la tarde del 14 de Junio de 1788, en la que los toros de la condesa de Peñafiel dejaron muy lastimado á Joaquin Rodriguez (a) *Costillares*, y dieron una grave cornada á José Delgado Hillo, recibéndola este último por una cuestion de orgullo y rivalidad, pues advertido por Costillares del peligro que corria, no hizo caso y pronto tocó el resultado de su imprudencia.

En el reinado de Carlos III, que comprendió veintiocho años, hasta 1788, se verificaron en la Plaza de Madrid unas *cuatrocientas cuarenta corridas*, y se dió muerte á 4.443 toros próximamente.

que se debe, como queda dicho, al famoso torero Rodríguez. Otro acontecimiento notable fue, que habiendo en Madrid, en la ciudad de alicionado, D. Manuel Godoy, y estando próximo á ser cogido por un toro, es fama que el peligro en que se vio corrió un desmayo á una de las altas damas de la corte, cuyo nombre no se dice.

Seguían los Romeros siendo los primeros matadores de esta Plaza, cuando empezó á competir con ellos Joaquín Rodríguez (Costillares), jóven sevillano, que supo captarse desde luego las simpatías del público de Madrid. Como para la jura de Carlos IV se preparasen magníficas fiestas, el Corregidor de Madrid llamó á los toreros de más nota de toda España, presentándose á este llamamiento, además de los ya referidos, Pedro Romero, hijo de Juan; su hermano Antonio, como sobresaliente; los picadores Jimenez, Rivillas, Parras, Tinajero, Acevedo y Marchante, y los peones Alarcon, Apiñani, Hernandez, Manolo Vargas y Corral.

Seguían los Romeros siendo los primeros matadores de esta Plaza, cuando empezó á competir con ellos Joaquín Rodríguez (Costillares), jóven sevillano, que supo captarse desde luego las simpatías del público de Madrid. Como para la jura de Carlos IV se preparasen magníficas fiestas, el Corregidor de Madrid llamó á los toreros de más nota de toda España, presentándose á este llamamiento, además de los ya referidos, Pedro Romero, hijo de Juan; su hermano Antonio, como sobresaliente; los picadores Jimenez, Rivillas, Parras, Tinajero, Acevedo y Marchante, y los peones Alarcon, Apiñani, Hernandez, Manolo Vargas y Corral.

Es célebre esta corrida por la famosa reyerta de Pedro Romero con Costillares y Pepe Hillo, sobre si los toros de lidia debían ser castellanos ó andaluces, la cual ha servido en nuestros dias para escribir una de las más características escenas de la zarzuela *Pan y toros*.

Entre los acontecimientos más notables de la época á que nos referimos, es uno el haberse inutilizado el famoso Costillares, el cual á los tres años de ser matador y de estar recibiendo los aplausos de todas las plazas de España, siendo primer espada en la de Madrid, se le formó un tumor en la palma de la mano derecha que le hizo retirarse de su profesion á una vida melancólica y triste, porque era extraordinaria la afición que tenia al arte taurino. Sin embargo, ántes de retirarse, dejó para gloria de su nombre una nueva suerte, que desde su tiempo se viene ejecutando con gran aplauso del público; esta suerte es la del *volapié*,

que se debe, como queda dicho, al famoso Joaquin Rodriguez.

Otro acontecimiento notable fué, que lidiando una mañana, en calidad de aficionado, D. Manuel Godoy, y estando próximo á ser cogido por un toro, es fama que el peligro en que se vió ocasionó un desmayo á una de las más altas damas de la corte, cuyo nombre no se dice.

Siguieron las corridas cada vez con mayor auge, en donde se lucia José Cándido, que fué el primero que salvó de un salto á los toros y el que mató con un sombrero en la mano izquierda por muleta, y un puñal en la derecha por estoque.

En estas corridas rivalizaban Lorencillo, Bartolomé Jiménez, Francisco Herrera, padre de Guillen, siempre presididos por uno de los Romeros; hasta que llegó la triste y famosa lidia del 11 de Mayo de 1801, en la que por vez primera ocurrió en la Plaza de Madrid una gran desgracia con la muerte de uno de nuestros más entendidos matadores.

Esta desgracia provino, segun dice un moderno historiador del toreo, de detenerse y sesgar el diestro al arrojarse en el *vola-pié* á la cabeza del bicho sétimo de la corrida, *Barbudo* de nombre, oriundo de Peñaranda de Bracamonte, que estaba abrigado á la derecha de los toriles, con el testuz hácia la barrera. El bruto habia huido á la tercera vara, y ofendido por Antonio de los Santos con un par de rehiletos, sufrió otros tres pares de Joaquin Diaz y Manuel Jaramillo, buscando amparo en los tableros despues de esta faena. La estocada que recibió del diestro resultó atravesada y corta, alcanzándole con el piton derecho la cobarde fiera, enganchándole por el muslo izquierdo, derribándolo para recogerle de nuevo y poner súbito y tremendo fin á su brillante carrera.

Este diestro era el afamado José Delgado Hillo, que sucumbió á los 33 años de edad.

A José Romero le tocó matar el toro *Barbudo*, momentos despues del trágico fin de Pepe Hillo.

El entierro de éste fué una solemnidad en Madrid: acudió á él un número inmenso de personas; lo presidieron Antonio Romero y Antonio Santos; se hizo con gran pompa y ostentacion, y al cadáver se le dió sepultura eclesiástica en la iglesia de San Ginés.

Pocos días despues se vendia por Madrid una soberbia estampa, dibujada por don Anastasio Rodriguez y grabada por D. Roberto Pradez, en la que se veia la manera con que acaeciò la catástrofe y la posicion de los toreros que acudian á libertar á Pepe Hillo.

VI.

Despues de este diestro figuraron en la Plaza de Madrid Francisco Montes (a) *Paquero*; Antonio Calzada (*Colilla*); Antonio Monje (*el Negrito*); Francisco Herrera Rodriguez, que murió desastrosamente en la plaza de Ronda el 21 de Mayo de 1820, y toda aquella brillante série de toreros que animaron las corridas del tiempo de Fernando VII. Suspendidas éstas por órden de este rey en 1814, renacieron con extraordinaria fuerza en 1815, alternando con el referido Herrera, Alfonso Castellano. Fué contemporáneo de éste Antonio Ruiz (*el Sombrerero*), quien disfrutó de la gracia del citado monarca. Era el *Sombrerero* de carácter altivo y pundonoroso, y silbado en una ocasion en esta Plaza por sus opiniones liberales, se presentó al rey pidiéndole justicia contra los *negros*; por lo que ofendido Fernando VII, le contestó secamente con estas palabras:

— *Retírate; yo proveeré.*

La provision fué que el *Sombrerero* no volviera á lidiar en la Plaza de Madrid.

Tambien mereció la gracia de Fernando VII Francisco Gonzalez (a) *Panchon*, quien cambió su profesion de torero por un empleo que le concedió el monarca.

Por esta época, Juan Leon y Francisco Montes competian magistralmente en la Plaza de esta villa, sentando el primero su fama en la forma siguiente:

En 1827 tuvo que matar un toro de la ganadería de Gaviria, que al recibir una soberbia estocada despidió al diestro de espal-

das; revolvióse furioso el bruto en su busca, y Juan León, tendido, lo empapó con la muleta, pasándolo cuanto la extensión de su brazo se lo permitía, y el toro, en las mortales ansias, vino á caer á cuatro pasos del sereno y valiente diestro, que se levantó sonriendo entre los vítores de la numerosa concurrencia.

Después de la primera época de Montes y Leon, vino Roque Miranda (*Rigores*), que es célebre por esta anécdota:

Ofuscado en una ocasion con un toro huido y pegado á los tableros, Roque lo pinchó nueve ó diez veces, bregando sin fruto en torno del animal; el Presidente mandó sacar la media luna, y como un banderillero hiciese notar esta circunstancia al matador, replicó éste despedido:

— ¡Ojalá viniere hasta la Puerta Otomana!

Manuel Lucas Blanco, conocido por el *guapo Lucas*, después de conquistar grandes láuros en esta Plaza, le dió por ser *realista*, y á causa de esto, habiendo herido á un miliciano nacional, fué encausado y murió en garrote vil, sin que los esfuerzos de todos sus compañeros pudieran salvarle.

VII.

Llegamos á una época que es ya de todos conocida.

Los diestros José Redondo (*el Chiclanero*), Francisco Arjona, Guillen (*Cúchares*), Juan Yust, Juan Pastor (*el Barbero*), Juan Martín, Isidoro Santiago Barragan, Manuel Diaz Lavi, Cayetano Sanz y Julian Casas, son maestros harto conocidos de la presente generacion.

Los dos primeros, Redondo y Cúchares, son entre todos los más notables y los que más fama han adquirido.

El *Chiclanero* murió en Madrid el 28 de Marzo de 1853, siendo inmenso el cortejo fúnebre que le acompañó á su última morada. En la inmediata corrida del 5 de Abril de dicho año, salió

la cuadrilla vestida de negro en señal de luto por la muerte de aquel diestro inolvidable. Es notable también la siguiente anécdota de Manuel Díaz Lavi, á quien Juan León llamaba el *mónstruo de fortuna*. En una célebre corrida de Beneficencia, arrancó al cuarteo una moña de los lomos de uno de los bichos, y subiendo al palco real, que lo ocupaba Isabel II, dobló la rodilla en tierra, y dijo estas palabras:—

A su real majestad: Esta es la primera moña que tiene su majestad el honor de recibir de mi mano.

No queremos terminar este trabajo sin explicar la catástrofe de José Rodríguez (*Pepete*), que contratado para Madrid en 1862, vino á pagar su temeridad con la muerte. La tarde del Domingo 20 de Abril de dicho año, el segundo toro, llamado *Tocinero*, de la ganadería de Miura, berrendo, ensabanado, duró y de recarga, acudió al embite del picador Calderon con tanta furia y presteza, que suspendiendo el caballo y derribándole, dejó en descubierto al jinete. *Pepete*, que hablaba con los espectadores del tendido núm. 13, apercibiéndose de la situación extrema del picador, y animado á seguir sus primeros impulsos, entró al jinete por la salida del toro, cabalmente encontrándose con él y siéndole inútil el capote. *Tocinero* lo recogió con el asta derecha por el muslo izquierdo, y punteándolo con el asta izquierda sobre una costilla, lo levantó para darle una cornada mortal, partiéndole el corazón al despedirlo de la cabeza. El desgraciado *Pepete* se levantó con algún trabajo, llevándose la mano al rostro para limpiarse el sudor; pero á los diez pasos y cerca de la puerta de los alguaciles, cayó exánime, arrojando bocanadas de sangre, y haciéndose una herida en la frente contra los tableros.

Por las razones ya expuestas, no nos ocupamos con detencion de los diestros Manuel Dominguez (*Desperdicio*), Antonio Sanchez (*el Tato*), Antonio Carmona (*el Gordito*), Manuel Fuentes (*Bocanegra*), Francisco Arjona Reyes, *Lagartijo*, *Frasuelo*, *Currito* y demás diestros de nuestros dias.

Sin embargo, debemos hacer mencion de la corrida del 7 de Junio de 1869, en que el *Tato* fué cogido por un toro, llamado

Peregrino, que lo inutilizó para la lidia, inocularle una terrible enfermedad que hizo indispensable se le amputara una pierna. En resúmen: la antigua Plaza de Toros de Madrid, á la fecha de su derribo, tiene 125 años de existencia, no 127 como se ha dicho últimamente.

Se han verificado en ella 2.548 corridas, en las que se ha dado muerte á 23.056 toros. Estos datos, recogidos con presencia de curiosísimos documentos, comprenden: las antiguas corridas de mañana y tarde, las que se han verificado en distintas épocas partiendo la Plaza y celebrando dos corridas á la vez; teniendo en cuenta el distinto número de toros que se han lidiado en cada corrida de los diferentes tiempos que abraza esta reseña, y el variable número de corridas en cada año.

Las principales desgracias, sin contar las numerosas que ocasionaron los toros embolados á los que los capeaban por afición, son:

- La muerte de José Delgado Hillo.
- La de Párraga.
- La de Luna.
- La de Bocanegra.
- La del Cano.
- La de Barragán.
- La de Oliva.
- Y la de Pepete.

Es decir, que han muerto tres primeros espadas, Hillo, Cano y Pepete; dos matadores de novillos, Párraga y Barragán; el banderillero Bocanegra; Cano, el picador, y Oliva, aficionado.

El último toro que se ha lidiado en la Plaza Vieja, lo ha sido de la ganadería de Veragua, berrendo en negro, llamado *Miranda*: le pusieron banderillas Diego Fernandez Alcon y Mariano Torner, y lo mató José Giraldez (a) *Jaqueta*.

Tal es la historia de la Plaza que desaparece, para dar lugar á la inauguración de un nuevo edificio consagrado á la lidia de toros, edificio que ojalá no llegue nunca á registrar en su historia las tristes desgracias de que su antecesor ha sido teatro.

Madrid 30 de Agosto de 1874.





FRANCO

LOUESCH